

es enorme. Observa la imagen de la mujer en su cultura, ¿y qué ve? Su tía Teresa sólo se interesa por los velorios, sus idas a la sacristía y por ser la primera en anunciar enfermedades y muerte. Las hermanas de Marcos Molina tienen como única aspiración aparecer lo más a menudo posible en «El Hogar» o «Atlántida» y casarse con jugadores de polo. La mujer de Vania, una verdadera arpía, quiere quedarse con lo del ex violinista y mandarlo al manicomio. Las mujeres de la *boutique* en donde trabaja sólo hablan de abortos y amantes. Su padre nunca se casó con su madre y las privó a ambas del lugar que les correspondía en la sociedad. Los hombres tienen amantes, empezando por su padre.

Ella posee un espíritu rebelde, quiere ser libre, pero no está preparada para esa libertad y cae en la servidumbre de la prostitución, aunque ella cree que lo hace porque desprecia a los hombres. Prácticamente no tiene padres, es una huérfana cultural. Rechaza a los hombres y a las mujeres, a las que llama «loros pintarrajeados» (página 127). Las odia y menosprecia de la misma manera que se desprecia a sí misma, cuando dice «soy una basura» (pp. 105 y 108), o «quizá sea la encarnación de alguno de esos demonios menores que son sirvientes de Satanás» (p. 109). Aquí repite uno de los estereotipos o mitos que hay sobre la mujer como diablo encarnado, y que se halla en la tradición cristiana desde los Padres de la Iglesia, creadores de un misoginismo que no ha sido igualado. La imagen de la mujer que surge de los escritos de estos santos varones es una de debilidad espiritual, moral e intelectual que la hace un *instrumentum diaboli*. Aunque este mito se ha modificado a través de los siglos, no ha desaparecido del todo. Esta imagen maligna y maliciosa ha permeado de tal modo la forma de pensar, que aun las mujeres han aceptado las notas negativas que se les atribuyen. Las mujeres se desprecian a sí mismas y a las otras como consecuencia de la desestima en que se tiene al segundo sexo.

Bruno expresa que Alejandra «a las mujeres no las podía ver; las detestaba, sostenía que formaban una raza despreciable y sostenía que únicamente podía mantenerse amistad con algunos hombres» (p. 18). ¿Qué fuerzas en su experiencia, su sociedad y su socialización la llevaron a ver a la mujer y a sí misma como un ser inferior? La respuesta estaría en las condiciones y la posición secundaria de la mujer en el sistema patriarcal. Deformada y movida por una fuerza maligna que la victimiza, ella es a la vez la princesa y el dragón, el mártir y el verdugo de un sistema que la oprime. El desprecio de su padre por la raza humana, y en particular por la mujer (p. 419), tiene mucho que ver en la traición de Alejandra a su propia feminidad, que

la convierte en una mujer masculina en contra de su voluntad. Hasta su nombre es masculino.

Con Fernando, Sábato ofrece con un placer íntimo el mito de la masculinidad. El es el supermacho que pierde la cabeza en cuanto se cruza con un par de polleras. La mujer hace que sus planes se desbaraten (p. 275). Confiesa que «los disparates más injustificables los he cometido a causa de mujeres» (p. 274). Su nota temperamental más acentuada es su machismo maligno. Su filosofía cínica parece corresponder a un punto de vista momentáneo en una etapa del desarrollo de la personalidad masculina, que puede perdurar —lamentablemente— en la mayoría de los hombres. Sábato usa a Fernando para expectorar. Este no tiene pensamientos muy exaltados sobre el matrimonio ni las mujeres, a las que considera infieles y adúlteras sin excepción. Discípulo sin duda de Schopenhauer y Weininger, cuando habla de sus relaciones con Norma, la maestra a la que le producía placer corromper, y a quien introdujo en la filosofía del Marqués de Sade, alude al servilismo en la cama de la joven, a la entrega incondicional de la mujer en el acto sexual, que para él crea resentimientos posteriores (p. 269). Para él «los únicos razonamientos que para la mujer tienen importancia son los que de alguna manera se vinculan con la posición horizontal» (p. 275). Padece de los prejuicios masculinos sobre el rol sumiso de la mujer en el acto sexual, y después de establecer su doctrina de que la sumisión empieza en la cama, la aplica al resto de su vida. Su actitud hacia el sexo, el amor físico y la mujer es negativa. Rebaja la relación de los sexos a una lujuria particularmente estéril, caníbal y sadista. Ve a la mujer en su rol de esclava de los apetitos sexuales.

El *Informe sobre ciegos* es un balance del estado de la mente en el siglo XX, que quiere mostrar la idiotez universal. Es una recopilación de la historia de la estupidez humana que ofrece una conveniente antología de las ideas morales convencionales y de cargos en contra de la mujer. Fernando resume las actitudes del argentino medio sobre la mujer, a quien ve como destructiva. La sátira y diatriba en contra de las mujeres es extravagantemente humorística y burlesca como para que se la considere un ataque serio contra el sexo femenino.

Una de las anécdotas degradantes es el episodio de la ciega Louise en el *atelier* de Domínguez, que le da la ocasión para denunciar la lujuria, los engaños y la falsedad de las mujeres, su propensión al mal y a la venganza y la ignominia de ceder ante ellas. La lujuria es otro de los pecados que los satiristas más comúnmente atribuyen a las mujeres. La escena en el taller satisface el voyeurismo y el sadismo de Fernando, Domínguez hace todo el esfuerzo posible por humi-

liar a Louise y mostrar la supremacía del hombre. La insistencia sobre la sumisión de la mujer, o la idea de la mujer como objeto sexual, es llevada hasta el punto del sadismo. Fernando la describe como una gata en celo, un pulpo, víbora, gata (pp. 335-338), y dice que Domínguez «le dijo que a veces "no tenía más remedio" que hacerle el amor, tan libidinosa era la ciega» (p. 33).

Dos de los episodios más brillantemente cómicos, y en los que como resultado nuestro juicio moral se suspende para alinearnos en las filas de este pervertido, son el de la gorda Etchepareborda y el de la profesora de Historia Inés González Iturrat. Víctimas como Norma, de la agilidad mental y del sarcasmo de Fernando, estas mujeres parecen seres grotescos, verdaderas caricaturas. Obsérvese la técnica de hacer desagradable a la profesora por su vestimenta (traje sastre y zapatos de hombre) y aspecto físico (bigotes). Con su vena satírico-humorística, Fernando traza unos pincelazos maestros para ridiculizarla al asociarla con la sufraguista de *Ocho sentenciados* y al calificarla de epiceno.

La discusión con la profesora muestra la dureza de Fernando hacia la mujer «no-femenina», que sigue una carrera. Su misoginia se revela, sobre todo, en su disgusto por las que se consideran cultas. Si las mujeres en general le parecen estúpidas, las intelectuales o parecidas le son intolerables, pues su orgullo se basa en una cultura y unos valores inexistentes. Rebaja a la mujer científica cuando dice que madame Curie es un investigador común, pero que Einstein es un genio. Con gran indulgencia expresa que las mujeres pueden ir a la Facultad de Filosofía y Letras, que «mal no les va a hacer... No les hace nada. Además, no hay ningún peligro de que se conviertan en filósofos» (p. 270), con lo que ridiculiza esa ambición.

La hostilidad hacia las profesionales reaparece cuando en Tucumán visita a una arquitecta «con la que en otro tiempo me había acostado» (p. 329). Por el ambiente funcional de su departamento pensó «que sin media docena de whiskies me sería imposible alcanzar en aquella *frigidaire* la temperatura adecuada para volver a acostarme con Gabriela» (p. 330). Aquí repite dos estereotipos populares entre los misoginistas. Uno es el que asocia las pretensiones profesionales de la mujer con la falta de castidad, por la idea de que las que sobrepasan las restricciones mentales que se imponen a su sexo arrojan también todas las otras restricciones. El segundo es el de la frigidez implícita de la joven, que está de acuerdo con el concepto freudiano de que las mujeres son motivadas a competir en campos «masculinos» por sentimientos de inadecuación sexual.

Estos pocos ejemplos bastan para ilustrar su propia inseguridad, su insuficiencia humana, su parcialidad y deformación. Misógino como Strindberg, lanza toda clase de vituperios sobre la mujer, la considera corruptora del hombre y un peligro para su masculinidad. Sin embargo, también como el dramaturgo, no sabe vivir sin ella. Creemos que Fernando es paranoico. Posee una personalidad autoritaria y tiránica que esconde un ser íntimo débil. Necesita probar que es hombre frente a cada mujer. Como el padre patriarcal del mito, no debe ser cuestionado, las mujeres de su tribu le pertenecen sólo a él y puede hacer con ellas lo que él quiere. En su *Informe* nunca habla de su prima Georgina, a quien embarazó, ni de su hija, ni que se casó con una judía por su dinero. No lo dice, porque él no necesita dar explicaciones a nadie. El posee completa autoridad, es un déspota que impone su absolutismo. El patrón patriarcal de la cultura occidental es su modelo. El asesinato de Fernando por Alejandra, su hija, parece una venganza femenina catastrófica. Ella, que condensa a la madre, la amante, la doncella o hija, y la prostituta, asume el rol de la Madre Terrible que se venga de un tratamiento malo que recibió.

Para dejar un mensaje para el futuro, Sábato necesita eliminar a Fernando y Alejandra con sus muertes violentas, para sugerir el final abrupto de una modalidad negativa de existencia. Con el incendio de Barracas, el mundo de los Olmos se desintegra al mismo tiempo que se purifica. Martín es el único que promete un desarrollo. Hasta que conoció a Alejandra tenía ideas de suicidio por un padre fracasado y una madre que le repetía que nació porque se descuidó. Cuando pensaba en ella la asociaba con los excrementos: Madrecloaca. «Su madre (pensaba), su madre carne y suciedad, baño caliente y húmedo, oscura masa de pelos y olores, repugnante estiércol de piel y labios calientes (p. 113). El no haber establecido una relación normal entre madre e hijo lleva a la idea de la mujer como Madre Terrible o la Tentadora arquetípica. En Martín se da una división de la mujer en dos categorías. El encuentro con Alejandra es decisivo para él.

«Hasta ese momento... las mujeres eran, o esas vírgenes puras y heroicas de las leyendas, o seres superficiales y frívolos, chismosos y sucios, ególatras y charlatanes, pérfidos y materialistas» (p. 19). Porque «Martín había dividido el amor en carne sucia y en purísimo sentimiento» (p. 113). Esta escisión entre amor y lujuria se encuentra en la mayoría de las experiencias de los hombres. La dicotomía entre la mujer como objeto del deseo carnal, y la mujer en el pedestal, una división normal en el adolescente, debe ser resuelta en una síntesis espontánea en el adulto. Cuando la represión sexual es extrema, ambas resultan hostiles: la pura, por resentimiento por sus negaciones,

y la sensual, por la tentación que ofrece y la culpa en la que arroja. La misoginia es el resultado inevitable. Fernando, por un Edipo no resuelto, desempeña el rol del otro yo misógino de Martín, su psicología es la de un ser mutilado que no ha crecido, que no ha roto el cordón umbilical. Cuando Martín se da cuenta que Alejandra «no encajaba en ninguno de esos moldes, moldes que hasta ese encuentro él había creído que eran los únicos» (p. 19) y acepta esa realidad, se pone en el camino de la maduración de su personalidad.

Con Martín se augura una nueva clase de hombre, la de aquel que puede aceptar a la mujer como ella es, sin ilusiones ni prejuicios, porque «la mujer es la vida misma y la tierra madre, la que jamás pierde un último resto de esperanza» (p. 19).

En *Sobre héroes* se muestra el caos y la decadencia de un mundo dominado por los hombres, con un doble *standard* de la moral. Los seres que se mueven en ese sistema represivo no crecen, son niños eternos con cuerpos de adultos, sin identidad. La mujer se ve como enemiga, y se produce un desequilibrio social que resulta en una masculinidad exagerada y perversa en los hombres, y en una feminidad enfermiza en las mujeres. La mujer aparece como un objeto para ser burlado y explotado. Se habla de infidelidad, lo que expresa la incapacidad de amar, y también de un canibalismo en el que el hombre se come a la mujer, para terminar devorándose a sí mismo.

LILIA DAPAZ STROUT

The University of North Carolina at Chapel Hill
Dey Hall 014A
CHAPEL HILL NC 27514